

Antón Costas

La ambición de crecer

Qué efectos ha tenido la crisis sobre el estado anímico y el espíritu del empresariado catalán? ¿Lo ha amedrentado o lo ha fortalecido? ¿Lo ha vuelto más proteccionista o más ambicioso? Responder a esta cuestión es importante. No sólo por sus implicaciones empresariales y económicas, sino por los efectos de todo tipo que esta reacción empresarial tendrá en el futuro.

Las grandes crisis económicas son fenómenos culturales muy complejos. La historia nos dice que en muchas ocasiones dan lugar a un repliegue hacia dentro, tanto económico como político y cultural. La crisis de finales del siglo XIX trajo el proteccionismo y la restauración canovista. Lo mismo ocurrió con la gran depresión de los años treinta y la autarquía económica, política y cultural. ¿Qué ocurrirá ahora, especialmente en el ámbito de la pyme, más propenso a reacciones de repliegue y el que más ha sufrido la caída de la demanda interna y el endurecimiento de las condiciones financieras?

Mi impresión es que, después del primer momento de zozobra, en el mundo de la pyme se va extendiendo el sentimiento de que crecer y mirar hacia fuera es determinante.

La señal más reciente la he encontrado la semana pasada en un acto organizado por Pimec, la organización empresarial presidida por Josep González. El acontecimiento fue toda una declaración de intenciones respecto de la necesidad de crecer. Aunque el título de la jornada parecía alimentar alguna duda al preguntarse "La pime: ¿crecer para competir?", el contenido del acto fue toda una declaración de intenciones.

En un documento titulado *La dimensión de la empresa catalana* presentado en la jornada, la Pimec menciona ocho razones a favor del crecimiento: 1) Economías de escala; es decir, reducción del coste medio del producto a medida que aumenta el tamaño; 2) Mayores niveles de productividad por trabajador (VAB); 3) Mayor especialización del personal; 4) Más capacidad

de innovación, tanto tecnológica como no tecnológica; 5) Más internacionalización y acceso a los mercados; 6) Mayor capacidad de inversión y mejor acceso a la financiación; 7) Mejor capacidad negociadora con los proveedores. Estos siete atributos se resumían en un octavo: mayor rentabilidad.

El documento no se limita a enunciar esos hipotéticos beneficios, sino que aporta datos procedentes de las propias empresas de Pimec. A mi juicio, son especialmente ilustrativos los relativos a la productividad y a los salarios.



ÓSCAR ASTROMUJOFF

Si medimos la productividad por el VAB por empleado, las empresas sin asalariados producen un VAB que no llega a los 40.000 euros. La microempresa, unos 50.000 euros. La pequeña, sobre los 60.000 euros. La mediana, unos 70.000 euros. Y la gran empresa entre las pymes un poco más de 80.000 euros de VAB por trabajador. Como se ve, es como subir por una escalera: a medida que se aumenta de tamaño, se asciende un peldaño de la productividad.

Lo mismo ocurre con los salarios. Si los

medimos a través de los costes laborales por hora efectiva trabajada, el informe ofrece estos datos: 16 euros por hora en la empresa de entre 1 y 49 trabajadores; 21 euros/hora en las que tienen entre 50 y 199 trabajadores; y 23 euros/hora en las de más de 200 empleados. De nuevo, un efecto escalera.

Como vemos, el crecimiento es un atributo que rinde beneficios, tanto para la empresa como para la sociedad. Por tanto, hay muchas razones para fortalecer la ambición de crecer. ¿Qué es, entonces, lo que la frena? Entre otros, en el informe se mencionan dos factores que creo de interés comentar.

Uno es la posible pérdida de control de la empresa cuando se toma la decisión de crecer. Pero esto es más un tópico, una leyenda urbana, que una realidad. Fíjense en un dato revelador: las grandes empresas catalanas, algunas de ellas centenarias, siguen controladas por el núcleo familiar: Puig, Freixenet, Roca, Catalana Occidente y muchas más.

El informe cita otro factor en el que sí estoy de acuerdo. Se trata de la desaparición de algunos "privilegios" de ser pequeños.

Uno de ellos es el relacionado con las ventajas administrativas y las ayudas públicas a las que se deja de tener derecho cuando se crece. Pero esto es una perversidad. Esto induce al liliputismo empresarial. Los empresarios tienen todo el derecho a decidir el tamaño de su empresa. Lo que es más discutible es que la decisión de no crecer venga determinada por las ayudas públicas. Las pequeñas y medianas empresas necesitan una política de discriminación positiva, pero no para favorecer el enanismo empresarial sino para fomentar la ambición de crecer.

A diferencia de las personas, las empresas nacen, crecen, envejecen y... pueden reinventarse. Esta última posibilidad depende crucialmente del tamaño. Lo que ayuda a ser pequeño también contribuye a la mortalidad. Es la enseñanza que nos ofrece esta crisis: cuanto más pequeño mayor probabilidad de perecer en medio de la tormenta. La ambición de crecer es un seguro contra el naufragio en tiempos de tempestad.●

Pilar Rahola



El pueblo

Curiosa definición, la que hacen algunos de la palabra *pueblo*. En estos tiempos de salvadores del ídem, eternamente sobreactuados, el susodicho pueblo está en boca de micrófonos y de pancartas, e incluso cuando se hacen escrachas a partidos, en plena campaña electoral, se hacen en nombre del pueblo. Manoseado el concepto, a la par que monopolizado, los gurús de la nueva religión no son solamente la voz del pueblo, sino que son el pueblo mismo, fusionado el salvador y su salvada ciudadanía. Eso sí, por el camino el pueblo ha dejado de ser un cúmulo abigarrado y heterodoxo de personas para ser una simple masa que va con una sola voz y a un solo pie. Es lo que tiene coger el altavoz y hablar en nombre de la gente, que la gente desaparece para ser una simple consigna.

Aterrizando, que es gerundio: lo de Pablo y Colau, y lo de sus amigos montando el número en los mítines de sus opositores políticos...

¿En nombre de quién lo hacen? Porque yo diría que guste poco o mucho, los votantes del PP también son pueblo y tienen todo el derecho a votar lo que les dé la gana. No por más gritar en un acto o por hablar en nombre de la

Se manifiestan contra Boi Ruiz: son pueblo. Salen a millares con estelades: son burguesía catalanufa

población, se representa más a la gente. Lo cual me lleva a la convicción de que este tipo de actos tienen más de propaganda que de representatividad, sobre todo perpetrándolos en plena campaña. Y, por supuesto, lo tienen todo de populismo.

Ocurre algo parecido con el tema catalán, y ayer lo mentaba en mi artículo sobre los progres. Todos estos no sólo hablan en nombre del pueblo sino que dicen quién y cómo es el pueblo. Y el susodicho debe ser pobre, un poco desahuciado, un mucho emigrante, mejor si es obrero de fábrica y siempre oprimido por el maléfico empresariado. Lo peor de esta simpleza es que, planteada en territorio catalán, se quedan por el camino la clase media, los autónomos, las pymes y el resto de color de un calidoscopio complejo que nada tiene que ver con la mirada antigua y paternalista de estos discursos populistas. Lo comenté después de la entrevista de Cuní a Pablo Iglesias, cuyo retrato de Catalunya –dividida esta entre una derecha pérfida y un pueblo obrero sacrificado– se parecía al real como el mismo Pablo a Rouco Varela. Lo curioso es que sólo aceptan que el pueblo es pueblo cuando el ídem levanta la pancarta correcta. Ergo, se manifiestan contra el conseller Ruiz: son pueblo. Salen a miles de millares con estelades: son la burguesía catalanufa de siempre. Y así vamos multiplicando el despropósito.

Es cierto que todos los partidos usan el nombre del pueblo en vano. El mismo PP habla en nombre de Catalunya con un desparpajo que no liga con el partido minorizado que tiene por estas tierras. Y cualquiera levanta la bandera de todos para vender el pastel propio. Pero hay una diferencia entre hablar del pueblo y ser el pueblo. Y esto último es lo que hacen los salvapatrias cuando quieren salvarnos de nosotros mismos.●

Carme Alcoverro

Los niños y la memoria

Hablemos hoy de la lectura de alguno de nuestros clásicos de la literatura concentracionaria. Pienso ahora, para los mayores de secundaria, en *K.L. Reich*, del manresano Joaquim Amat-Piniella, o en *El violí d'Auschwitz*, de Maria Àngels Anglada, tan leído hace unos años, o en algunos fragmentos de *Els catalans als camps nazis* de Montserrat Roig, o en el universal diario de Anna Frank, o en el descuberto recientemente *Diario de Praga* de Petr Ginz, otro adolescente víctima del Holocausto, o incluso en *El niño del pijama de rayas*, muy bien recibido por los adolescentes actuales.

También pienso en el visionado de celebradas películas como *La lista de*

Schindler, *La vida es bella* y del documental de referencia *Shoah*, de Claude Lanzmann, que pueden ser un punto de partida para reflexionar sobre la infamia del Holocausto en las aulas. El alumnado ha de conocer el grado de deshumanización y de crueldad a que llegó la raza humana, ahora que hace 70 años de la liberación de Auschwitz-Birkenau por las tropas soviéticas. Sobre todo para entender que no fue el azar lo que condujo a la barbarie, sino que fue resultado de unas circunstancias históricas (crisis económica, crisis de las ideologías, antisemitismo endémico...) que se dieron en Alemania entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

Y también valorar el papel del arte (la música y hasta la pintura) y el papel de la escritura que hemos heredado como tes-

timonio de esta tragedia. Alberto Manguel nos cuenta (en *La biblioteca de noche*) que en Birkenau, como en otros campos, existió una pequeña biblioteca infantil clandestina de 8 o 10 libros tangibles y otros que se narraban oralmente, y que se intercambiaban entre los niños. Uno de estos niños recordaba la compañía y el consuelo que significaba la lectura para luchar contra el miedo y la desesperación.

Tratar el Holocausto en la escuela es oportuno, y necesario, no sólo este año en que conmemoramos estos setenta años, sino como una actividad curricular que ayudará a aprender del pasado, y también del presente, como mecanismo de supervivencia individual, de resiliencia, y también colectiva.

Los niños también tienen que saber qué es la memoria.●